

MATAR EL PERIODISMO

Nadie sabe la libertad que tiene hasta que no la pierde. Cuba sabe que las perdió todas, pero la supresión de la libertad de prensa fue una masacre pública, un crimen que se cometió lenta, gradualmente con reportes y descripciones en los mismos medios que se estaban pasando a degüello.

El grupo de compadres que asaltó la República después de sacar del juego al General Fulgencio Batista que, a su vez, lo había asaltado también, supo enseguida que tenía que deshacerse de la prensa libre, sin mandatos, rebelde, irreverente y tajante que se formó en los vaivenes de medio siglo de búsqueda de identidad y de trabajos por instalar la democracia.

Voy a correr el riesgo de darle la palabra a Fidel Castro. Quiero que sea él quien ofrezca a los lectores de FAES el panorama de la prensa cubana en los momentos en que su grupo trató de tomar por las armas un cuartel de la guardia en la ciudad oriental de Santiago de Cuba, en 1953.

En el alegato de autodefensa, después de fracasar en su aventura bélica que costó decenas de vidas de cubanos, el abogado dijo ante los jueces que en Cuba «existía una opinión pública respetada y acatada, y todos los problemas de interés colectivo eran discutidos libremente. Había partidos políticos, horas doctrinales de radio, progra-

Raúl Rivero es poeta y periodista independiente cubano.

mas polémicos de televisión, actos públicos y el pueblo palpitaba de entusiasmo».

Ese cuadro fue el que él borró del mapa en cuanto entró en La Habana y asumió el país como una finca privada.

LAS PRIMERAS LUCES

El periodismo cubano comenzó a adentrarse en el siglo XX con mucha fuerza y diversidad. Los avances de la tecnología y los éxitos económicos del periodismo de empresa, así como las nuevas estrategias informativas, abrieron las puertas a una intensa actividad publicista.

Ese camino se cortó abruptamente en el período comprendido entre 1925 y 1930, bajo la dictadura de otro general, Gerardo Machado, que impuso la censura y decretó numerosas suspensiones.

Pero después, la prensa retomó un cauce vigoroso, respaldada siempre por el Artículo 25 de la Constitución de 1901 que expresa: «Toda persona podrá libremente, sin sujeción a censura previa, emitir su pensamiento, de palabra o por escrito, por medio de la imprenta o por cualquier otro procedimiento; sin perjuicio de la responsabilidad que impongan las leyes cuando por alguno de aquellos medios se atente contra el honor de las personas, el orden social o la tranquilidad pública».

Ese mismo año, el periódico *El Mundo* inaugura la modernidad con la introducción de maquinas rotativas y linotipos muy avanzados, aunque se sabe que el primer periódico que se editó en Cuba con linotipo fue *La Discusión*, en 1889. A partir de esa fecha aumentó la tirada de los diarios.

Otro elemento muy importante en el desarrollo de nuestro periodismo fue la poderosa tradición que dejó el siglo XIX en la imprenta, en la que se mezclaron con audacia e inteligencia trazos españoles, franceses y norteamericanos que produjo una emulsión de calidad en la tipografía y en otras formas de impresión.

Con el avance del siglo, ya en la década del veinte, se ha consolidado el periodismo de empresa y se establecen las redacciones fijas y la diferencia clara entre las labores del articulista y el reportero. Ya están trabajando y en competencia tres entidades claves: *El Mundo*, *El País*

y *Diario de la Marina*, el decano de la prensa nacional. En otras categorías, se publican en La Habana y en zonas del interior una veintena de diarios. Funcionan ya también, en medio de ese panorama, periódicos ocasionales vinculados a intereses personales o coyunturas políticas y publicaciones obreras y estudiantiles.

En este punto y para dar una visión completa de la situación de la prensa en Cuba en 1959, es importante mencionar el notorio desarrollo de la radio y la televisión en la Isla. Hacia los años 50 había por lo menos cinco plantas de alcance nacional y 270 en todo el país, que transmitían noticias, comentarios y opiniones de figuras reconocidas de la política y el periodismo. Uno por cada 6,5 habitantes tenía aparato de radio. En ese tiempo experimentó un gran auge la televisión. Funcionaban en Cuba en 1958 unas veinte estaciones, una transmitía a colores. De cada 25 cubanos uno tenía telerreceptores.

Faltan aquí decenas de revistas especializadas, entre ellas dos de circulación nacional que eran, en realidad, instituciones para el lector criollo: *Bohemia* y *Carteles*. La primera circulaba también por otros países de Hispanoamérica. El mercado estaba abierto a la entrada de publicaciones de otros países y, de hecho, se vendían en quioscos y estancillo o mediante suscripciones centenares de publicaciones extranjeras. Este es un plano general de la situación que encontró Fidel Castro y su guerrilla cuando entró en La Habana el 8 de enero de 1959. Faltan en el lienzo las figuras de grandes periodistas de todos los colores políticos. La inmensa mayoría –por no decir todos– fueron saliendo en un peregrinaje doloroso hacia los exilios, en la medida que el régimen fue haciendo descender su puño armado sobre los medios y las figuras más destacadas.

PUNTO FINAL, TODA LA NOCHE

Aunque hubo escarceos, intentos, proyectos y sueños en los primeros años de los sesenta, el gobierno los eliminó con frialdad y determinación. Algunos periodistas y escritores que habían combatido a Batista pensaron que llegaba la hora de la libertad total. Ellos fueron los primeros en sufrir los castigos, la marginación y, después –práctica que tiene hoy total vigencia–, la opción de la cárcel o el exilio.

Sobrevino entonces un modelo que está vivo todavía. La idea, la concepción de los medios informativos como simples instrumentos ideológicos y los periodistas como mensajeros y soldados del gobierno. Es un modelo ejecutivo verticalizado donde las informaciones nada más que tienen valor y son aceptadas si se convierten en una contribución útil a la política. Es un esquema elemental. La comunicación lineal entre dos polos solitarios. Un emisor y un receptor. El que emite es el Mesías, el que ilumina, y las masas receptoras consumen en paz y armonía los mensajes. Se comenzó a hacer en la Isla del Caribe un trabajo propagandístico disfrazado de periodismo. De clara estirpe leninista. Llegaban aquellas remisiones directamente de los panfletos de Lenin sobre la agitación política y el trabajo ideológico. Desde luego, en todos los dominios de la vida el país se desenvolvía al ritmo de las directrices y los rublos de la URSS.

Es el tiempo en que en los islotes de verdaderos comunicadores que sobrevivían en las redacciones se decía por lo bajo que cuando comenzaba a nevar en Moscú, Fidel Castro se ponía una bufanda y ordenaba la marcha de diez barredoras de nieve hacia la playa de Varadero.

El profesor y periodista Wilfredo Cancio, el más riguroso conocedor del tema, retrata el grado de manipulación de la información que se cumplía en los antiguos países socialistas y que sigue siendo el pan nuestro de cada día en Cuba. El bloque socialista –dice Cancio– generalizó el llamado «síndrome del misterio», que no es más que el ocultamiento de información bajo la censura deliberada con el pretexto de que revelar deficiencias internas es entregar armas al enemigo. La sequía informativa devino regularidad del sistema. Los casos de tergiversación flagrante se cuentan ya en la historia universal del cinismo. Entre los ejemplos más exquisitos figura el del gobernante Nicolás Ceausescu, quien ordenó durante años falsear los informes del tiempo en Rumania a fin de engañar a los habitantes afectados por el frío y hacerles creer que hacía más calor. De manera que los meteorólogos cumplían la orientación de no dar nunca temperaturas oficiales inferiores a los 15 grados centígrados.

Así es que el discurso del gobierno con su perspectiva paralizante ha subvertido la responsabilidad social de la prensa. Los medios de comunicación oficiales son prisioneros de esa línea empantanada y muerta y para ello cuentan con todo un aparato legal y policial.

La Constitución cubana, ratificada en 1992, dice en su Artículo 53 que «se reconoce a los ciudadanos libertad de palabra y de prensa, conforme a los fines de la sociedad socialista. Las condiciones materiales para su ejercicio están dadas por el hecho de que la prensa, la radio, la televisión, el cine son propiedad estatal o social y no pueden ser objeto, en ningún caso, de propiedad privada, lo que asegura su uso al servicio exclusivo del pueblo trabajador y del interés de la sociedad».

Es interesante ver que a finales de los ochenta cuando el campo socialista comenzó a caminar hacia la democracia, el gobierno cubano usó el mismo cuchillo de los primeros años para cortar la circulación de *Novedades de Moscú* y *Sputnik*, dos publicaciones soviéticas que se vendían en la calle y habían sido modelo para los profesionales cubanos de la propaganda. Es el mismo instrumento que acaba de usar ahora, en pleno siglo XXI, en el año 2006, para prohibir la venta en los hoteles de lujo del diario español *El País* y las revistas *Hola* y *Muy Interesante*.

Ese cuchillo metafórico es una variante rudimentaria de los que utilizan para prohibir Internet en Cuba, bloquear mediante antenas chinas las ondas de radio y perseguir y multar a quienes, con viejas bandejas de aluminio, pedazos de tubos desechados, alambres de púas y percheros de camisas, fabrican artefactos aéreos para captar las señales de las estaciones de televisión de otros países.

Y es que el socialismo, además de que asfixia las libertades, encarcela, tortura y exilia, es un sistema aburrido y previsible. Así, los tres periódicos de circulación nacional –unos pasquines mal impresos de cuatro páginas raquíticas– dicen lo mismo que las emisoras de radio y que las dos estaciones de televisión que quedan en el aire. Lo mismo que los panfletos provinciales y los libelos electrónicos que sostiene Fidel Castro con la colaboración fervorosa de un grupo de amigos alegres que defienden en Cuba lo que no pueden soportar en sus países.

REJAS Y LEJANÍA

Voy a dejar en estos últimos párrafos unas cifras que debían ser unos rostros, unas presencias, el aliento humano de 25 hombres que están ahora mismo condenados en Cuba por hacer un periodismo libre.

Algunos cumplen 28, 25, 20 años de prisión por ejercer, en el país donde nacieron, el derecho a informar y a opinar. Están dispersos, entre los presos comunes, en algunas de las más de 300 cárceles que tiene el gobierno en todo el país. Algunos están muy enfermos. Viven en celdas insalubres. La alimentación es una mala palabra y la atención médica un recurso lingüístico. Muchos están a centenares de kilómetros de sus residencias y la familia debe salir con varios días de antelación para llegar a tiempo a la cita de dos horas cada tres meses, porque el transporte público no existe y, como en un tiempo se esperaron los ómnibus de Rusia o de Hungría, ahora se esperan los de China y Venezuela.

Para todos los presos la prisión es dura, pero para los periodistas y los opositores de un gobernante soberbio y caquético aquellos calabozos son barbacoas en el infierno. Los que trabajamos allá en las bases del periodismo independiente, quienes siguen en Cuba esa labor a pesar del ruido de los candados y las llaves, nos propusimos siempre un viaje que nos llevara a encontrarnos con lo mejor del periodismo republicano, con esa tradición de libertad y rigor profesional.

Aquellas primeras luces se volvieron a encender con la creación de las agencias libres de los años noventa. Siguen encendidas con las decenas de hombres y mujeres que informan ahora bajo amenaza. Estoy seguro de que muy pronto volverán a iluminar a Cuba entera.